

Pero voy a mandar que le sirvan a usted alguna cosa. ¿Qué quiere usted tomar?

—Una taza de café únicamente, porque hace media hora que comí.

Don Emilio sirvió una taza de café a su antiguo amigo, se puso él otra, y ambos se sentaron entregados a una animada conversación. Entretanto, los últimos rayos del sol se ocultaban en el lejano horizonte. Duval, impaciente y celoso de su afortunado rival, hizo una seña al doctor para que le acompañase, y ambos, saliendo del cenador, se alejaron sin que ni don Emilio ni don Manuel fijasen la atención en ellos.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó el doctor.

—El infierno dentro del pecho —exclamó Duval rechinando los dientes—. La desesperación de los condenados. Necesito la muerte de Leopoldo.

—Le he prometido a usted que dejaré de existir esta misma noche, y mi promesa será cumplida.

—¡Oh!, sí..., lo necesito.

—Pero antes es preciso que me acompañe usted a la casa en que tengo presa a Luz.

—Sí, vamos; pero que sea pronto para volver al instante y ver realizada mi venganza.

Y apoyándose en el brazo del doctor, se dirigieron a la puerta de la calle.

La noche había cerrado completamente. Al poner el pie fuera del jardín, una voz se dejó escuchar, que le hizo palidecer. Era la de un vendedor de papeles que, levantándose lúgubre y terrible, formulaba estas tristes palabras: «¡El diario del ajusticiado!». Duval se estremeció, creyendo ver delante de sus ojos al inocente don Félix, que le emplazaba desde el ensangrentado patíbulo para el tribunal de Dios.

El doctor, notando su terror, le dijo:

—¿Vuelve usted a ser presa de las ridículas preocupaciones, mamadas en la niñez? Confieso que hoy está usted desconocido. Vamos, seamos lo que hemos sido siempre. No nos dejemos dominar por trampantojos. El infierno y la gloria están en el mundo.

El hombre que marchaba pregonando el papel para venderlo, pasó entonces por junto a ellos, gritando con robusto acento: «¡El diario de don Félix el ajusticiado!».

Duval se puso cadavérico; aquella voz penetró hasta lo más profundo de su corazón, helándole la sangre.

—Es usted un niño —dijo Willey, al notar su terror—.

Pero tal vez nos tenga esto más cuenta, porque así dejará usted que Leopoldo disfrute las caricias de la joven que usted soñó poseer un día.

Aquellas palabras, dichas intencionalmente por el doctor para exaltar el ánimo de su amigo, produjeron el efecto deseado.

—¡Jamás, jamás! —gritó Duval dominado por los celos—. ¡He jurado que morirá, y morirá!

Y apoyándose resueltamente en el brazo del doctor, se dirigió con éste a la casa en que gemía inconsolable la desventurada Luz. Sin embargo, Duval sentía un terror invencible. Su rostro estaba desencajado y pálido. La voz del hombre que gritaba «El diario del ajusticiado», sonaba aún en sus oídos, y el eco de aquella voz resonaba en su corazón. Duval hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y disimuló su terror.

Willey, dominado por la infernal pasión de la lujuria, dejaba ver en su rostro el placer que inspira la esperanza de una próxima felicidad. Eran dos réprobos, temiendo uno el castigo, y anhelando el otro de saciar sus torpes pasiones. Y estos dos réprobos se acercaban al sitio en que gemía un ángel; un ángel indefenso..., un ángel a quien trataban de engañar con una libertad mentida, para arrojarlo en el cieno. ¿Triunfaron al fin? Los acontecimientos que iremos narrando darán contestación a esta pregunta.

CAPITULO XXII

De la mesa a la boca...

El ejército mexicano que tan bizarramente había combatido en la Angostura contra las mejores tropas norteamericanas, se dirigía a México después de haber permanecido en San Luis algunos días, descansando de las fatigas de aquella gloriosa, aunque sangrienta expedición.

Era necesario atender a la parte de Oriente, por donde el general Scott se presentaba amenazante con las tropas invasoras que se habían apoderado de Veracruz, y los infatigables soldados mexicanos, que habían luchado en la Angostura marchaban haciendo jornadas increíbles, al encuentro del enemigo.

Después de muchos días de incesante marcha, llegaron a una jornada de la capital, y la esperanza de que iban a

descansar en ésta algunos días, les hizo olvidar todas las penas y privaciones.

Los oficiales mexicanos caminaban contentos, halagados con la risueña idea de que dentro de muy breves horas tendrían el gusto de abrazar a sus familias, que les esperaban con impaciencia. En la vanguardia, y como deseando ser los primeros en saludar a la hermosa ciudad de México, marchaban a caballo, y a un lado de la tropa, dos jóvenes de simpática figura: eran un elegante capitán, en cuyo rostro se dibujaban la franqueza y los nobles sentimientos del corazón, y el otro, cuyo sencillo uniforme indicaba pertenecer al cuerpo médico del ejército.

—Cuanto más cerca estamos de México, más largo se me hace el camino, querido Rafael—dijo el simpático capitán dirigiendo la vista a su compañero.

—Y eso, don Juan, que no tiene usted en ella ningún deber sagrado que cumplir, como tengo yo a quien un malvado arrebató mi felicidad.

—Cierto; pero como he formado empeño en ayudar a usted a encontrar de nuevo esa felicidad, mi impaciencia para contribuir a ella, crece a medida que nos acercamos a donde espero que la encontrará usted.

—Gracias, amigo mío.

—Si usted hubiera escrito a Núñez o a Leopoldo, diciéndoles en poder de quién gime cautiva la joven desgraciada que le arrebataron a usted de su lado, cuando estaba próximo a unirse a ella, todo estaría ya terminado, y Luz se hallaría libre del poder de ese infame Willey, a quien usted juzgaba un excelente amigo.

—No, don Juan; no convenía que yo confiase ese secreto a una carta, y ya le he dicho a usted otras veces las razones que me han tenido para ello.

—Sin embargo...

—No, don Juan. Willey, a quien ahora desgraciadamente conozco por un perverso, habrá tomado todas las precauciones que toman los malvados para que no se descubran sus delitos, y estoy seguro que una de ellas sería interceptar todas las cartas que se dirigieran a Núñez y a Leopoldo, con quienes sabe me une una amistad íntima.

—¿Y si no ha cruzado por su mente esa idea?

—Si no ha cruzado, podía cruzar, y yo estaba en la obligación de evitar nuevos males.

—Cierto.

—Yo quería caer sobre Willey, como cae la voz de Dios sobre la conciencia del criminal, a quien nadie ha visto

cometer su crimen; y aunque es cierto que para conseguirlo he esperado sufriendo las penas más terribles, no estoy arrepentido de mi silencio, puesto que se acerca el instante de presentarme a él, que tal vez saldrá a recibirme, bien ajeno de pensar que he descubierto su inicua maldad.

Y no se había engañado Rafael. Willey, como él se había figurado, ocurría todos los días de correo a la estafeta, para ver si venía alguna carta para Núñez o Leopoldo, y apoderarse de ella. La previsión, pues, de Rafael había sido salvadora.

—Y me alegraré —dijo don Juan—, que como usted se imagina, Willey, lleno de confianza, y fingiendo una verdadera amistad, salga a recibir a usted para que nos ahorre el trabajo de buscarle.

—Sí, vendrá, no tenga usted duda de ello; vendrá a decirme que no ha perdonado medio alguno para descubrir el paradero de mi amada Luz; que ha recorrido toda la ciudad; que ha escrito a sus amigos; pero que todo ha sido inútilmente. Sí, vendrá a decirme esto como me decía cuando yo no dudaba de su sinceridad... Pero ahora que conozco su traición; ahora que conozco su infame alma y su perfidia..., ahora me apoderaré de él, le diré que es un infame, y no le soltaré hasta que no me lleve al sitio en que tiene al sér más puro de la tierra.

—Y yo acompañaré a usted para que no logre escaparse de sus manos, en caso que lo intente.

—Bien, amigo mío.

—Así va a recibir antes el golpe que el amago.

—Escribiendo hubiera espantado la caza, y así caigo sobre ella, que viene a colocarse bajo mis tiros.

—Sí; ahora que veo próximo el desenlace de este drama, conozco que la prudencia exigía obrar de la acertada manera como usted ha obrado. Escribir a Núñez o a Leopoldo, encomendándoles obrar en el asunto, hubiera sido exponerse, en efecto, a que la carta hubiera sido interceptada por Willey, y a que éste se pusiese en salvo, llevando a Luz a otro sitio que no hubiéramos descubierto jamás.

—¡Oh! ¡estoy impaciente por llegar! Cada instante me parece un siglo que me falta para salvar a la mujer que adoro.

—Pero sigo en que nada debe usted temer por su virtud, ni por el cambio de su amor.

—¡Oh!, eso no. ¿Puedo dudar ya de la fortaleza de su alma, ni de su invariable pasión, cuando los caracteres tra-

zados en este pañuelo, que siempre llevo junto al corazón, me demuestran su fe ardiente y su constancia? ¿No dice en ellos —añadió sacando el pañuelo en que estaban trazados aquellos caracteres— que aborrece a Willey, el cual jamás conseguirá vencer su virtud?

Y Rafael besaba aquel precioso lienzo en que había escrito tan consoladoras palabras la desventurada Luz.

—Sí; a la resolución de una mujer virtuosa y enamorada, nadie es capaz de cambiar en el mundo.

—No, nadie; y Luz es una de esas mujeres tiernas y sensibles, que prefieren la muerte a cualquier acción que no esté en armonía con el deber de la conciencia.

—Y su constancia encontrará bien pronto la justa recompensa.

—¡Oh!, sí...; dentro de poco podré salvarla..., estrecharla contra mi corazón..., volverla al lado de sus amados padres y esperar en la felicidad que había huído de mi alma.

Y Rafael, animado con aquella dulce idea, caminaba impaciente por llegar a México. Sus ojos estaban fijos en el rumbo por donde, de un instante a otro, se esperaba descubrir la grandiosa ciudad con las elevadas torres de sus magníficos templos. Don Juan, lo mismo que él, miraba hacia el fin del camino, esperando que se presentase a su vista la suntuosa capital de los antiguos emperadores aztecas.

También él tenía recomendables personas a quienes visitar, y entre ellas se contaban las que formaban la familia de la hermosa Elisa, cuya hija Teresita era el tierno pimpollo que, como dijo a Rafael cuando marchaban a la Angostura, había elegido para que, más tarde, cuando fuese flor delicada y bella, embalsamase los felices días de su existencia.

La de don Juan no era más que una idea que había cruzado por su mente cuando fué presentado por el indio Pablo en casa de Elisa; pero aunque no era más que una idea que no podía inquietarle en lo más mínimo, sin embargo, deseaba llegar pronto a México, para ver los progresos que en belleza había hecho aquel tierno capullo, que manifestaba ostentar con el tiempo todos los atractivos de la mujer que le dió la vida. El de Rafael era un deseo vehemente; una necesidad la de llegar a México. El de don Juan era un capricho, una curiosidad sin importancia. Pero a este capricho y a esta curiosidad se agregaba otro motivo muy poderoso en don Juan para llegar a México. Apreciaba con todas las veras de una sincera amistad a Rafael, y quería ver el fin de sus padecimientos. Este noble sentimiento

le obligaba a tener fija la vista en el extremo del camino, por donde esperaba ver presentarse la ciudad. Rafael marchaba con el mismo afán. De repente, creyó descubrir por entre los claros de los árboles y perdiéndose entre las nubes, las torres de un suntuoso templo que se presentaba en el horizonte. Rafael contuvo la respiración, miró con ávidos ojos, temiendo engañarse, y convencido de que no se equivocaba, exclamó lleno de júbilo:

—¡Allí está México!

A estas palabras, toda la vanguardia fijó la vista en el rumbo de la capital, y prorrumpió en exclamaciones de alegría. Rafael, henchido de placer y de esperanza, estrechó la mano de don Juan. En aquellos instantes, un ayudante del general llegó corriendo a donde estaba el jefe que mandaba la vanguardia, y le comunicó una orden.

El jefe mandó a su tropa dar media vuelta a la derecha, y el ejército empezó a contramarchar por el camino que había traído. ¿Qué había pasado? Lo diremos en breves palabras.

Veracruz había caído en poder del invasor, quien marchaba avanzando sobre México; para contener su marcha era preciso oponerle una barrera, y esta barrera era el ejército. Santa-Anna, con una actividad que le honrará siempre, había organizado una fuerza respetable, y la había enviado al encuentro del enemigo. Conociendo, sin embargo, que aquella fuerza era insuficiente, envió un extraordinario al general que venía de San Luis, para que, sin entrar en México, se dirigiese al camino de Veracruz, cortando por Zumpango. Esta orden fué obedecida en el acto, como hemos visto; y aquellos sufridos soldados que hacía un instante habían acariciado la dulce idea de descansar en México, se vieron precisados a alejarse; sucediendo a la esperanza de descanso, la realidad de nuevas y penosas marchas, para ir de nuevo a luchar en defensa de la patria.

Rafael, al tener que renunciar a sus sagrados proyectos, y ver desaparecer de nuevo a sus ojos las altas torres de los templos de la ciudad, donde dejaba a su amada en poder de un malvado, exhaló un profundo suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho, y caminó en su caballo, ocultando las lágrimas que brotaban de su prensado corazón. Don Juan trató de consolarle; pero, ¿qué fuerza podían tener sus palabras, cuando el alma estaba herida de una manera repentina, íntima y terrible? ¿Hay acaso consuelo

posible para un corazón en que se acaba de derramar toda la amargura reservada a los desgraciados?

Rafael había acariciado la esperanza de salvar, dentro de breves instantes, a la mujer que amaba, y aquella esperanza la vió alejarse, al perder de vista las torres de la ciudad en que gemía cautivo el ángel de su amor. El desventurado joven volvió a pensar en que dejaba en poder de un malvado el ser más puro de la tierra, y tembló en llegar tarde para salvarle. ¿No podía Willey valerse de un medio infame para manchar su honor? Rafael se vió sorprendido por esta idea, y tembló. ¿Volvería a tiempo para salvar a su amada?

El desventurado volvió a exhalar otro suspiro, y caminó en silencio, entregado al más profundo dolor. No sabía el desgraciado el medio infame que había despuesto Willey para triunfar de la virtud de la más pura de las jóvenes. No sabía que en los mismos instantes en que él se veía precisado a alejarse para ir a combatir en defensa de la patria, el doctor tenía preparada una lujosa estancia para la desventurada Luz, adornada con vistosas sillas y butacas de construcción diabólica, que la privarían de toda defensa. No sabía nada de esto, ni tampoco sabía que al siguiente día, Willey había dispuesto ponerse en camino para Veracruz con Duval, donde se embarcarían para Europa, dejando a Luz entregada a la vergüenza y a la desesperación. No; nada de esto sabía Rafael, porque a haberlo imaginado siquiera, hubiera abandonado en el instante sus filas, y hubiera corrido a salvar a su amada, aun cuando le hubieran fusilado luego por desertor.

Pero el valiente joven estaba muy lejos de saber el peligro inminente en que se hallaba el honor de su idolatrada Luz, y persuadido de que él podía tardar muchos días, quiso esperar a que se efectuase, para que no se pudiese atribuir su ausencia a cobardía, y volar después a salvar a su amada.

Y esto sucedía siempre. Mientras los hombres de hidalgos sentimientos se constituyen en esclavos de su deber y se sacrifican en aras del honor, los malvados, poniendo en juego todos los ardides, aprovechan los instantes y las ocasiones para alcanzar sus inicuos fines. Y esto acaecía con Rafael y Willey. El primero, por cumplir con el deber de defender la patria, aplazaba para otro día el asunto más importante para su corazón. El segundo, sordo a la voz de la conciencia, aprovechaba aquellos momentos en disponer todo lo necesario para triunfar de la virtud de

Luz. Rafael marchaba al encuentro de los enemigos de la independencia de su país. Willey, acompañado de Duval, salía, como hemos visto, de la «jamaica», y se dirigía a la prisión en que gemía su inocente víctima, para alcanzar, por la astucia, lo que no consiguió por el rigor ni por las amenazas.

¡Pobre Luz!

CAPITULO XXIII

Un nuevo lazo

La hermosa Luz se encontraba sola y triste en su prisión. Desde la noche fatal que la arrancaron del lado de sus padres y de su amante, la infeliz no había vuelto a respirar el aire puro de los campos ni de los paseos. Encerrada en el estrecho cuarto a donde el doctor la había conducido para triunfar de su virtud, su rostro había perdido el sonrosado color que lo animaba, y sus ojos, la brillante luz de su dulcísima mirada. Era una flor privada de los rayos vivificantes del sol y de las brisas primaverales. Temerosa a todas horas de ser víctima del hombre que había jurado su deshonor, la desventurada no tenía ni un instante de reposo. La mayor parte de las horas del día las pasaba en fervorosa súplica al Eterno, y las noches, casi en continua vela, despertando sobresaltada al más ligero ruido que escuchaba. Era una vida de inquietud y de sobresaltos, que destruían su salud y marchitaban su hermosura.

Sin tener noticia alguna de las personas que más amaba sobre la tierra, sin respirar otro aire que el escaso que penetraba por la estrecha ventana a la que la vimos asomada un día, y que ahora está cerrada con doble reja para que no pueda ser vista desde la calle, su existencia era un continuo martirio, al cual la muerte era preferible.

Dios, sus padres y el tierno amante que adoraba con todas sus potencias, eran los seres que ocupaban su imaginación.

Rafael había sido el primer hombre que había hecho latir su corazón de amor, y aquel sentimiento era tan profundo, tan intenso, que no podía separarse de ella, como